

ciudad de Auaris, que había sido abandonada por los pastores, y el rey se la concedió. Una vez en Auaris eligieron por jefe a un sacerdote de Heliópolis, llamado Osarsiph, y juraron obedecerle: ordenóles que no solo no adoraran a los dioses sino que no se abstuvieran de los animales que en Egipto se adoraban como sagrados y que no se trataran con nadie mas que con los conjurados. Aprestóse luego para la guerra y llamó a los pastores arrojados que se habían establecido en Jerusalem, los cuales acudieron con un ejército de doscientos mil hombres; pero el rey Amenofis, que por habérselo anunciado el adivino sabía lo que le amenazaba, recogió los animales sagrados, ordenó ocultar cuidadosamente las imágenes de los dioses, confió a un amigo a su hijo Sethos, que tenía cinco años y que se llamaba también Ramesces, y salió con trescientos mil hombres al encuentro del enemigo. Sin embargo, no atreviéndose a luchar contra la voluntad de los dioses, regresó a Menfis, tomó consigo al Apis y a los demás animales sagrados que habían sido reunidos, y marchó con todo el ejército y con muchos egipcios en dirección a Etiopía, cuyo rey le acogió a él y a todo su pueblo amistosamente y les dió auxilio contra sus adversarios. Los pastores de Jerusalem, sin embargo, unidos a los malditos se apoderaron de todo el país, incendiaron ciudades y aldeas, saquearon los templos y mutilaron las imágenes de los dioses, llegando a convertir el altar mayor en cocina, en la que asaron animales sagrados, y obligando a los sacerdotes y a los profetas a dar muerte a estos, después de lo cual les despojaron de sus cargos. El organizador y legislador de su Estado era Osarsiph, que entonces cambió su nombre por el de Moisés. Así vivieron hasta que hubieron transcurrido los trece años: entonces Amenofis regresó de Etiopía con un gran ejército, acudiendo a su ayuda su hijo Ramesces. Unidos ambos, vencieron a los pastores y a los leprosos y los arrojaron a Siria.

Así escribieron la historia los egipcios. De esta narración no podemos sacar hechos históricos fijos: la serie de reyes aparece en ella tan confusa como en las demás narraciones de Manethon relativas al Nuevo imperio (1). Pero en los nombres del rey Amenofis y del sabio hijo de Paapi, director del sacerdocio heliopolitano, — el nombre Osarsiph (2) puede muy bien ser histórico, — en la relación de la profanación de templos y de la persecución de los dioses llevadas a cabo por egipcios malditos y condenados por los dioses, se deja entrever el fundamento histórico de donde nació esta narración.

CAPITULO VI

EGIPTO Y EL IMPERIO CHETA

Imposible es decir en qué sentido se desarrolló la política exterior de Egipto bajo la influencia de las luchas religiosas y de los desórdenes, ni hasta qué punto influyó quizás aquella política en las relaciones interiores. Los egipcios con servaron la soberanía sobre la Etiopía; así es que durante todos los reinados encontramos uno ó dos príncipes de Kusch. Una extensa relación que uno de estos gobernadores llamado Hui mandó inscribir en su tumba y que en parte hemos dado ya a conocer a nuestros lectores, nos presenta a los kuschitas y a los negros ofreciendo sus tributos al rey Tut'anchamon é implorando su gracia con la fórmula acostumbrada: «Salud a tí, rey de Qemt, Ra de los nueve pueblos extranjeros, regálanos el soplo de vida, vivimos según tu voluntad.» El rey Ha-

(1) La culpa de esto quizás no la tiene el mismo Manethon sino las distintas compilaciones que sirvieron de fuente a Josefo y aun a los Padres de la Iglesia.

(2) Es un nombre de persona tomado de uno de los nombres del dios Osiris (Osar) Sip.

remhebi perpetuó en una gruta de rocas de Silsilis, con dibujos y palabras altisonantes, la memoria de una expedición que hizo contra los negros. Un dibujo grabado en el sepulcro de un funcionario de la casa de plata representa el acto de entregar y pesar los tributos, consistentes en oro, plata, marfil y ébano.

También continuaron subsistentes las relaciones con Arabia: en tiempo de Haremhebi presentóse en Tebas una embajada de los caudillos de Punt para entregar al rey ricos presentes en oro, huevos de avestruz y pieles de pantera. «No conocíamos el Egipto, — dijeron, — nuestros padres no lo pisaron.» En cambio desapareció la soberanía sobre Siria. Ciertamente, según un cuadro de un sepulcro, fuéronle presentados a Chuenaten, en su duodécimo año, «tributos de Charu (Siria) y Kusch, de Occidente y de Oriente,» y que Ai en su título de rey se denomina «vencedor de los bárbaros asiáticos;» pero ya se comprenderá que no pudo haber expediciones de guerra formales, debiendo hacerse poco caso de estos datos generales, dada la afición de los egipcios a tributarse alabanzas. Una brillante relación, que ya hemos citado, de la tumba del mencionado Hui nos representa a éste en el acto de presentar, en unión de su colega el príncipe de Kusch, Amenhotep, al rey Tut'anchamon una embajada de los príncipes de Rutenu, que ofrecen al monarca ricos presentes, piedras preciosas, hermosos vasos y cántaros, un caballo y un león. Según la inscripción que allí aparece, «los grandes de Rutenu, que no conocían el Egipto desde el tiempo de los dioses,» — como se ve, cada Faraón incurre en las mismas fanfarronadas, por lo cual hay que dar poca importancia a tales frases, — llegaron «para implorar de Su Majestad la paz. Dicen: Dáanos el soplo de vida, indescriptibles (?) son tus victorias; en tu tiempo no ha habido ningún rebelde; todo el mundo está en paz.» No sé si de estas frases ha de deducirse que entonces todavía los egipcios dominaban sobre un trozo de Siria. Los magnates sirios que con presentes fueron a Egipto no significan mas que una embajada motivada por fines políticos ó comerciales. En la época en que Haremhebi era administrador del imperio hubo luchas en Asia, pues se denomina entonces «acompañante de su soberano en el teatro de la guerra en el día en que se derrotó a los asiáticos» y en su sepulcro se le pinta presentando al rey los prisioneros, por cuyo hecho obtuvo el oro. Otro dibujo le representa presentando una embajada (3). En realidad pudieron los egipcios conseguir allí algunas victorias, pero es probable que su soberanía, por lo menos en el Norte de Siria, comenzara a debilitarse a fines del reinado de Amenhotep III, y de todas maneras el poderío de Haremhebi y de Ramesces I no se extendió al Este más allá de la península del Sinaí.

Con esto puede estar relacionado el hecho de que en tiempo del inmediato soberano Seti I se restableció la antigua fortaleza fronteriza del istmo de Suez, por mas que todavía las fronteras del país del Nilo estaban vigiladas desde la época de la dominación sobre Siria, para proteger al país contra las rebeliones y ataques de los nómadas (4). El núcleo de la defensa fronteriza era un canal que desde el lago Menzálé se dirigía al Sur cortando la estrecha altura que se alzaba entre este lago y el de Ballah, en la actual Kantara (5), y por

(3) Mariette: *Mon. div.*, 74 b. *Egypt. Mon. te Leyden*, tomo I, 31-34. Por esto en la inscripción de la estatua de Haremhebi, de Turin, se dice: «A él se presentaron los príncipes de los nueve pueblos extranjeros del Sur y del Norte que abrieron los brazos cuando llegó y adoraron su rostro como el de un dios.»

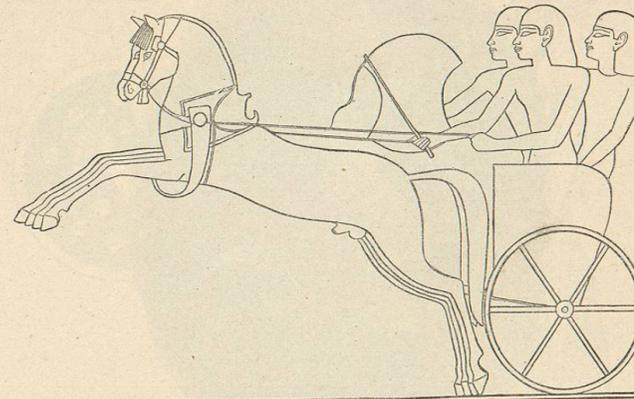
(4) Mariette: *Karnak*, 37, 32, en tiempo de Amenhotep III. Lo propio en tiempo de Ramesces II y de sus sucesores.

(5) En las cercanías de este lugar se halla un monumento de Seti I y de Ramesces II. Para lo demás véase el grabado de la página anterior.

la cual pasaba el único camino del Este. El canal estaba protegido por ambos lados por un parapeto: el único puente que lo atravesaba estaba defendido, en la parte egipcia, por una formidable fortaleza y al Este «por el baluarte (*chetem*) de Zaru.» El canal no había sido nunca prolongado en la antigüedad mas hacia el Sur, es decir, sobre la colina El-Gisir, que se levantaba entre los lagos de Ballah y de Timsah, pues por este lado ya la naturaleza se había encargado de hacer inaccesible el Egipto, y el canal no tenía mas objeto que el de defensa, no el de atender a intereses comerciales.

Mientras el poderío egipcio iba en decadencia, formábase en Siria un poderoso Estado. El pueblo de los chetas, los chetites del Antiguo Testamento, a los cuales ya hemos conocido como habitantes del valle del Orontes y de la fortaleza de Qadesch en Celesiria, se puso al frente de las tribus

del Norte de Siria, uniéndolas bajo su soberanía. Es indudable que su poder nació de la resistencia opuesta a la dominación extranjera egipcia, pero ninguna noticia ha llegado hasta nosotros de las luchas por medio de las cuales consiguió imponer la suya a los países rutenos. Es de esperar, sin embargo, que cuando se haya estudiado cuidadosamente el suelo de Siria, hasta ahora virgen de toda exploración científica, y cuando se hayan logrado descifrar las mas antiguas inscripciones sirias escritas en unos jeroglíficos especiales, tendremos datos mas precisos acerca del imperio cheta, pues no cabe duda alguna de que pertenecen a los chetites las ya mencionadas inscripciones que se han descubierto primero en Hamath y posteriormente en las ruinas de Karkamisch y en otros puntos. Quizás el porvenir nos proporcione algunos documentos de los reyes que guerrearon contra Seti I y Rames-



Carro de guerra de los chetas.

ces II, con lo cual adquiriríamos excelentes comprobantes para los datos de origen egipcio.

Cuando Seti I marchó sobre la Siria, el nuevo Estado estaba, según parece, casi por completo organizado. El «gran rey de los chetas» dominaba como único soberano el territorio del Orontes, quizás hasta la desembocadura de este río. El hecho de no hacerse nunca mención de la ciudad de Hamath parece ser una prueba clara de que perdió su independencia. Hacia el Sur no avanzaron mas los chetites, de modo que la Palestina propiamente dicha no estuvo nunca sometida a ellos, volviendo los distintos lugares de este país, en cuanto desapareció la soberanía egipcia, a su antigua condición de lugares del Asia Menor. En cambio los chetas extendieron su poderío hacia el Norte «hasta las fronteras del mar,» como dice una narración poética egipcia: el rey de la ciudad fenicia de Arados reconoció su soberanía y lo propio hicieron, en el país de Naharain, en el Eufrates, los príncipes de Karkamisch y de Chaleb. Además se citan los soberanos de los países y de los pueblos de Masa, Aruna, Ruka (Luka), Dardeni (ó Dandeni) y Keschkesch y como nombre mas notable y que quizás abarca muchos de los territorios mencionados, «todo el país de Qedi.» Respecto de otros distritos y ciudades, como Anaugas, Qazuadana, Pidas y Muschana, puede ponerse en duda si realmente fueron incorporados al imperio cheta. La tantas veces citada ciudad de Tunip pertenecía ciertamente a Chaleb; Akerit, cerca del Eufrates, formaba parte de Karkamisch. Por lo demás, no se sabe a punto fijo en qué punto del mapa han de ser colocados los mas de estos nombres: la mayor parte de ellos corresponde a la Siria septentrional; algunos quizás pertenecen a la Mesopotamia occi-

dental, y con el nombre de Qedi parece designarse el territorio sudoriental del Asia Menor. Que los reyes chetas extendieron su poderío mas allá del Tauro y del Amanos es punto menos que indiscutible, por mas que hoy en día se hayan suscitado poderosas dudas acerca de si realmente fueron construidos por monarcas chetites los monumentos bastante numerosos del Asia Menor que algunos creen de estilo parecido y de escritura igual a los de los chetites (1). En el dibujo de un ejército chetite que encontramos en un monumento egipcio vemos a algunos de estos aliados representados con un tipo y unos gorros especiales (2), que ya no volvemos a encontrar en ninguna otra parte.

Muchos lugares del imperio cheta, ninguno de los cuales puede con seguridad identificarse, aparecen mencionados en el tratado que después firmó Ramesces II con el rey cheta, siendo invocados como testigos de la alianza el dios tutelar — los egipcios lo denominan Sutech, es decir, Ba'al, «el señor,» — ó la diosa tutelar de cada uno de ellos (3). El pueblo como conjunto tenía también su Ba'al ó Sutech, además del cual adoraba a la diosa Astarté y a dos divinidades guerreras,

(1) G. Hirschfeld: *Los relieves en las rocas, en el Asia Menor, y el pueblo de los hittites*, en los *Debates de la Academia de Berlín*, 1886, con todas cuyas manifestaciones no puedo estar de acuerdo. — Por lo demás, solo haré notar que para los citados nombres circulan identificaciones caprichosas fundadas en razones fónicas que no creo necesario mencionar.

(2) Rosellini: *Mon. stor.*, pág. 104.

(3) También vienen mencionados los dioses de la montaña y del río del país cheta («el dios Sutech, señor del cielo») (es decir: *Ba'alschaim*).